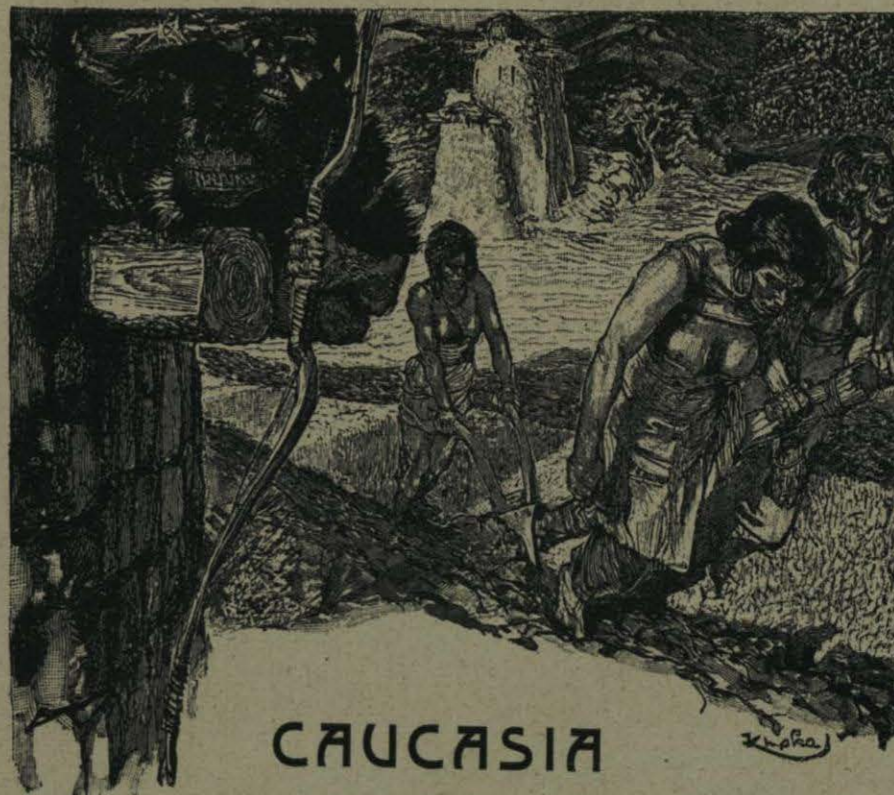


Así se preparaba la unión: los Persas se hacían Griegos y éstos se volvían Persas. Cuando Alejandro, vengador de las guerras médicas, fué llevado al corazón de Asia, con el reflujo de los Griegos y de los Macedonios, no se anunció en manera alguna como civilizador helénico deseoso de educar los bárbaros: no trató sino de hacerse Persa él mismo y de sustituir a Darío como «rey de Asia», de tomar por límites exactos de su imperio los mismos que habían tenido los dominios del soberano con cuya hija se casó. De sus capitales, una, Suza, era especialmente persa, mientras la otra, Babilonia, tenía la ventaja de mandar naturalmente al mundo oriental, como centro de las grandes vías de comunicación de toda el Asia anterior. Y como cosa curiosa, la memoria de Alejandro «el de los dos cuernos» es mucho más popular entre los pueblos del Asia que en el mundo griego: se le tomó realmente por lo que deseaba ser, por un conquistador asiático. Sin embargo, su advenimiento indica bien un punto de división entre dos eras: desde aquel momento el país de los Helenos y la Irania pertenecían a un mismo mundo ecuménico; esas comarcas, que constituían antes dominios enteramente distintos, se hacían solidarias en sus movimientos; la humanidad consciente se había doblado.



LA LEYENDA  
DEL MANDIL



## CAUCASIA

*Las leyendas viajan con los pueblos,  
de montaña en montaña.*

### CAPÍTULO II

CÁUCASO: RELIEVE, VERTIENTES, PASOS.—DAGHESTAN Y MINGRELIA.—POBLACIONES.—ANTI-CÁUCASO: RELIEVE Y CAMINOS.—ARMENIOS Y KURDOS.—HISTORIA.

EL Cáucaso pertenece al mundo antiguo, más por su misterio que por su historia. Era tan poco conocido, que ordinariamente se le denominaba el «Monte» por excelencia, tomándole indiferentemente por un extenso conjunto de montañas, por un pico solitario o por un macizo aislado, comparable al monte Argeo o al monte Ararat. Por contraste, algunos se imaginaban que la región montuosa del Cáucaso se extendía hasta los límites del mundo, hasta los espacios helados donde reina la noche eterna. Sin embargo, numerosos mitos referidos de diversos modos por los pueblos, desde la meseta de Irán hasta las riberas mediterráneas, señalan esos montes como una región donde tenían su origen pueblos poderosos y en la cual se habían realizado acontecimientos de la mayor importancia

en el destino del hombre. Pero «los extremos se tocan», mucho más en el mundo caótico de la ignorancia que en el conflicto de las pasiones humanas. Los mismos prodigios, los mismos acontecimientos que se señalaban como habiendo tenido lugar sobre las cimas del monte Cáucaso, eran los que se habían cumplido para los Hindus sobre los picos del Himalaya y para los Iranios sobre el Elvend o el Demavend; eran igualmente los que, del otro lado del Mundo Antiguo, habían de producirse sobre las cimas de los montes occidentales. El Atlas lleva el Cielo—o la Tierra,—lo que la lógica se niega a comprender, aunque para la fábula es un juego; asimismo el «monte de punta doble», es decir, el Elburz actual, es la cuna de los Dioscuros, las dos estrellas Castor y Polux, y el ropaje orlado de sus nieves se refiere al velo inmenso del firmamento. Según la leyenda helénica, herencia de naciones más antiguas, un Titán, «ladrón de fuego», fué clavado sobre el monte Cáucaso por envidia de los dioses; pero antes que él, muchos otros Prometeos habían sido fijados en la cima de una montaña y aplastados bajo el peso de las rocas. Así gritaba en vano Zohak en una caverna del Demavend, y después Encelade tendía sus músculos impotentes para derribar la masa del Etna. Las leyendas viajan con los pueblos de cima en cima.

Por poco conocido que fuese el monte Cáucaso como orientación, forma y relieve, a lo menos estaba designado muy justamente como un límite entre dos mundos. El Cáucaso es un fragmento del «diafragma» que separa el continente del Asia en dos vertientes, del Norte y del Sud, y que se continúa en Europa por crestas interrumpidas, montes de la Tauride, Alpes, Pirineos y montes Cántabros; pero de toda esa sucesión de aristas, ninguna es más clara y más francamente recortada que la del Cáucaso propiamente dicha, que se perfila desde el mar Caspio hasta el mar Negro; la continuidad del resalto terrestre está bien marcada de una parte y de otra. La extremidad occidental de la muralla caucásica se aguza en forma de punta de lanza hacia la península de Taman, para reaparecer, tras una corta interrupción en las montañas de Crimea; los macizos orientales parecen bruscamente limi-

tados por las aguas del Caspio, pero una arista submarina se prolonga de Oeste a Este entre dos depresiones profundas del mar interior y va a unirse sobre la orilla transcaspiana la cordillera

N.º 73. Relieve del Cáucaso y de los montes de Armenia



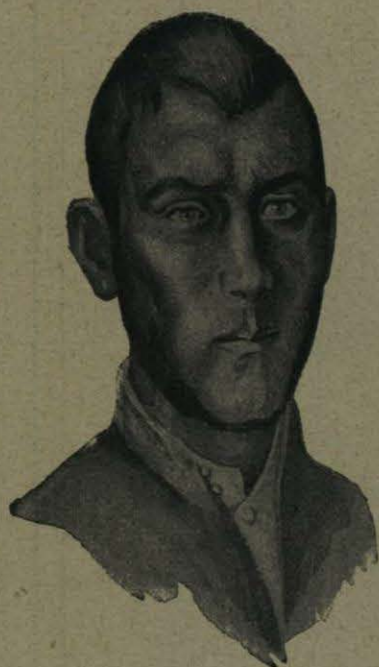
Curvas de nivel de 0.100.200.500.1000.  
2000.3000.4000 et 5000 metros.

1 : 10 000 000  
0 200 400 600 kil.

riberaña a que se da a veces el nombre de «Cáucaso de los Turkmenios», y que, bajo diversas denominaciones vulgares, limita al Nordeste la meseta de Irán por eslabones paralelos para ir a fundirse en las altas murallas de Hindu-Kuch.

Las dos vertientes del Cáucaso, al Norte y al Sud, contrastan de una manera absoluta. Hacia al Septentrión las montañas descienden por grados, sea por macizos laterales, sea por «pequeños

Cáucaso» o aristas secundarias, alineadas paralelamente a la gran cadena, siguiendo un orden decreciente de altura; pero en el conjunto la pendiente es rápida, y los jinetes, galopando en el polvo de la estepa, distinguen en pleno cielo, sobre los bosques sombríos y los hielos resplandecientes, las cimas vaporosas más elevadas. La llanura baja circunda por todas partes el pie de

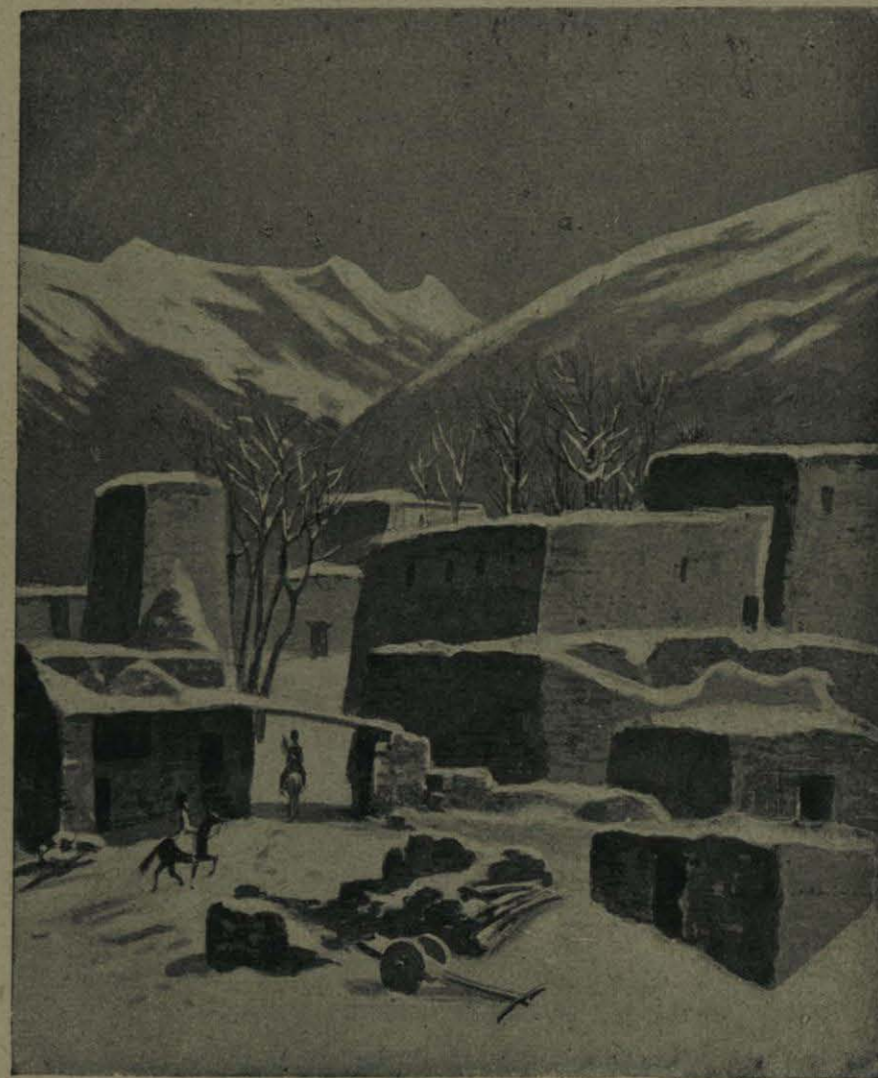


TIPO DE OSETA

los montes, a la manera de un mar que bate la base de los acantilados. Por otra parte esa extensión casi horizontal fué, en efecto, un mar en una época geológica no muy distante de nosotros: en esa depresión de las tierras se unieron los golfos avanzados del mar Negro y del Caspio, y aun queda esa admirable depresión del Manitch de doble vertiente, que, desde el punto de vista de la geografía física, es incontestablemente el foso que divide Europa y Asia.

La cara del Cáucaso que da frente al sol no domina sino llanuras fluviales limitadas por montes visibles desde la gran cresta y se une a otros sistemas de montañas y de mesetas. Un alto eslabón transversal de cerca de un millar de metros, en su arista más baja, sub-franqueado por el ferrocarril de Tiflis a Batum, reúne los macizos más elevados del Cáucaso al conjunto de los montes que se han designado alguna vez con el nombre de Anti-Cáucaso. Al sud de los valles del Kura y del Rion, todo el espacio comprendido entre los dos mares está ocupado por unas alturas que en varios sitios pasan de la zona donde puede residir el hombre. Algunas cimas altísimas, conos de antiguos volcanes, el Alagoz, el Ararat, el Bingoldagh, dominan la región con sus puntas nevadas. De distancia en distancia se levantan cimas soberbias, desde donde se ve el caos aparente de las cadenas que se perfilan, de un lado hacia la meseta de Irán, de otro hacia el gran cuadrilátero del Asia Menor y la costa de Siria.

Ese contraste físico entre las dos vertientes caucásicas se refleja en la historia de las naciones. Evidentemente los hombres de la estepa, caminando hacia adelante sin hallar otros obstáculos que montículos de movediza arena, bajas salinas, pantanos sin profundidad, han de tener otras costumbres y una evolución po-



ALDEA OSETA (véase pág. 438)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

lítica y social diferente de la de los montañeses, rodeados por todas partes de valles profundos por donde los habitantes comunican difícilmente con otras patrias. Por una parte, la población tendrá tendencias a la vida inestable y nómada; primeramente hará su aparición, después, rechazada por otros emigran-

tes, abandonará el país sin dejar huellas en él. Por otra, los pueblos acantonados en su macizo de montañas o encerrados en su valle de cultivo, estrechamente limitados, estarán compuestos de pastores y de agricultores residentes acostumbrados a un género de vida estable, teniendo instituciones permanentes y relaciones determinadas con las naciones limítrofes. La historia suele abarcarles en sus descripciones y en sus relatos, en tanto que permanece por largo tiempo ignorante de las hordas fugitivas y lejanas que se agitan al otro lado del Cáucaso.

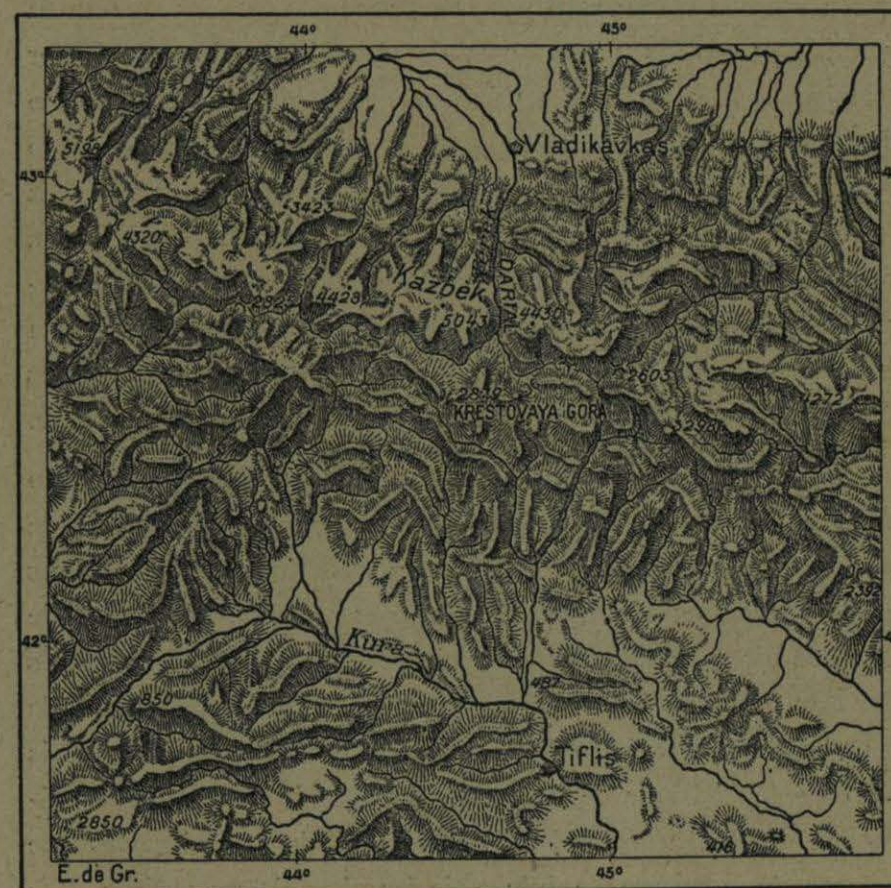
En los orígenes de la humanidad consciente, los montes de entre Caspio y Ponto Euxino presentan, pues, dos fases de carácter bien distinto: el lado de la civilización relativa y el de la barbarie; la luz al Mediodía, y la sombra sobre la vertiente del Norte. Sin embargo, podían sobrevenir cambios de una a otra región, pero más aún por vías indirectas que por los pasos directos de las montañas. Se ha demostrado, durante el curso de los siglos, que los movimientos de emigración y de conquista se han hecho muy frecuentemente desde el Asia anterior y las llanuras sármatas—la Rusia meridional—propagándose al Oeste, por la Tracia europea, a lo largo de las orillas del mar Negro. En otro tiempo los Kimerianos y los Scitas, lo mismo que los Turcos en época más reciente, hicieron así el gran circuito siguiendo las costas, de conformidad con la «ley del menor esfuerzo».

Sin embargo, por áspero que sea el acceso, por dificultades que presente la múltiple muralla del Cáucaso, colocado oblicuamente entre los dos mares, sobre una longitud de un millar de kilómetros y separando una de otra comarcas muy diferentes por la naturaleza del suelo y del clima, hubo pueblos que, aterrorizados por la huida o impulsados por entusiasmo victorioso de expediciones guerreras, vinieron frecuentemente a chocar contra esos montes e intentaron franquearlos. Hubo ocasiones muy excepcionales, épocas de grandes trastornos nacionales, en que por escotaduras favorables en las altas aristas, se presentaban bandas armadas tratando de forzar un paso, o bien se produjo un movimiento de emigración lenta.

La primera de esas puertas naturales se abre hacia la mitad del istmo, medido de Este a Oeste, en el lugar más estrecho, donde se

cuentan unos 500 kilómetros de mar a mar. De ambos lados, de la Cis-Caucasia a la Trans-Caucasia, se levanta hacia el punto débil de la cadena por un ancho valle, al Norte el del Terek, al Sud el del Kura, los dos ríos más caudalosos del Cáucaso; los alineamientos de las montañas no presentan en la región de la arista baja sino un centenar de kilómetros de espesor. El punto

N.º 74. Paso del Darial



1: 2 000 000

0 10 20 30 40 50 Kil.

más elevado de la garganta, llamada hoy el «monte de la Cruz» —Krestovaya Gora—(2.263 metros), no alcanza el límite de las nieves persistentes que, en ciertas partes del Cáucaso, no se halla sino a 3.500 y hasta 4.000 metros de altura. El camino que ha de seguirse para atravesar la montaña en este sitio está tanto mejor indicado cuanto que la cordillera del Norte, prolongación de la arista mayor del Cáucaso occidental, está completamente

cortada por las aguas del Terek; sólo hay una cresta que atravesar y el viajero que ha remontado por gargantas y valles el curso del río y contorneado el enorme macizo del Kazbek, franquea un estrecho muro y desciende al valle de un afluente del Kura.

Ahora bien, desde los orígenes de la historia se comprueba que poblaciones de procedencia iránica, los Osses u Ossetas, que a sí mismos se dan el nombre de Iron, se habían establecido sólidamente sobre la vía de paso y ocupaban las dos paredes de entrada y salida, y gracias a esta toma de posesión, pudieron defender este importante camino del Cáucaso, que debía de ser un centro de atracción por excelencia para los pueblos emigrantes; pero el peligro hubo de ser a veces gravísimo, sobre todo en la época en que la irrupción de los bárbaros descendía hacia el Mediodía, y a él se debe que hará próximamente catorce siglos, dos emperadores, el de Rum y el de Irán, Justiniano y Chosrav Anurchivan (Chosroas el Justo), unieron sus esfuerzos para guardar las puertas del Darial, en el desfiladero central, contra los invasores Khasar.

Otra puerta natural del Cáucaso es la que se abre al Este, a lo largo de las costas del Caspio. Las montañas se inclinan de ese lado muy bruscamente y dejan entre sus promontorios amplios valles por los cuales serpentean los torrentes que descienden de las altas nieves. Hasta el mismo pie de los acantilados, las playas del mar ofrecen ancho y cómodo camino, debido al descenso de las aguas marinas, cuyo nivel actual se halla a 27 metros más bajo que el del mar de Azov. Por ese pasaje penetraron en dirección de Sud a Norte las diversas poblaciones emigrantes que bajaron de la meseta de Irán o de las altas tierras vecinas, Medas y Persas, Turcos y Tártaros, Tats y Talichs.

El Cáucaso representa una inmensa barrera que los pueblos en marcha tratan de franquear por su punto débil. Por un fenómeno de empuje etnológico perfectamente análogo al movimiento producido por las aguas en un estanque, los emigrantes chocan contra el muro, y no pueden atravesarle, puesto que la única puerta de esclusa abierta en el espesor del muro es aquella en que están establecidos los Osses, apoyados sobre las obras de defensa construídas en la garganta de Darial: no tienen, pues, más recurso que deslizarse hacia la derecha en una larga vena por el pasaje

que sigue el litoral del Caspio. Fuera de la brecha, la ola móvil de los emigrantes habrá de replegarse, girando en las llanuras como un inmenso remolino, proyectando hasta su cresta el reflujo en alguna depresión del reverso de la montaña. Eso mismo, en efecto, es lo que se produce: inundación de las aguas, inundación de los hombres obedeciendo a las mismas leyes. Así vemos

N.º 75. Daghestan, Puertas de Hierro



1: 2 000 000

0 10 20 30 40 50 Kil.

los Tats y los Talichs de la cuenca del Kura penetrar a lo lejos en estrecho pasadizo de las «Puertas de Hierro»; del mismo modo el territorio de los Tártaros Azerbeidjani se continúa al Norte por el de los Tártaros Rumik, y éstos tienen por vecinos en las llanuras de la Cis-Caucasia, a sus antecesores, los Tártaros Nogai, mientras que otros Tártaros aún, los Karatchai, fueron empujados por la fuerza de la emigración hasta los valles cau-

cásicos de la vertiente septentrional. Pero la corriente de esos pueblos procedentes del Sud por el paso de la ribera caspia se encuentra en las llanuras bajas con una inundación de otras poblaciones turanias que llegaron por la ancha abertura practicada entre los montes Urales y el mar Caspio.

Si los emigrantes del Sud han seguido en distintas ocasiones la ribera occidental del Caspio para extenderse al Norte en las llanuras sármatas, el movimiento étnico ha podido producirse en sentido contrario, y con objeto de evitar esas invasiones de nómadas bárbaros, los dominadores de la Transcaucasia se ocuparon frecuentemente de fortificar el desfiladero, sobre todo en el punto más favorable para la resistencia, conocido en el día bajo el nombre turco de Derwent o «Puerta de Hierro». Antes de la invención de la artillería, la muralla de defensa, que se prolongaba a una treintena de kilómetros en las montañas y penetraba en el mar por una alta escollera, era verdaderamente infranqueable. Firduzi, en el *Libro de los Reyes*, atribuye su construcción al gran macedonio, y la reedificación, a Chosrav Anur-chivan: entre esos dos edificadores, la crónica menciona también al rey persa Yezdegerd II, que vivía en el tiempo de la invasión de los Hunos; el objeto de todos esos reyes consistía en cerrar el paso a los pueblos «monstruosos» del Norte, a los «terribles Gogs y Magogs», o según la terminología mahometana, a los Yadjuj y Madjuj<sup>1</sup>. El poeta describe de este modo la obra de Alejandro: «Habiendo depositado por capas sucesivas lechos de cobres, de hierro, de plomo, de piedras, de troncos de árboles y de haces de leña, hizo encender y atizar el todo por cien mil forjadores, hasta que todos los metales se hubieron fundido en una sola masa». El muro que vemos hoy se considera como el resto de aquella muralla de Alejandro.

A pesar de Alejandro y de los otros reyes legendarios, los Yadjuj y los Madjuj, es decir, los invasores de todas las razas del Norte, pasaron por el camino fatal, que por lo demás no estaba obstruido en la parte septentrional. En esta región del Cáucaso, denominada actualmente el Daghestan o «País de las Montañas», entre la punta de Apcheron y el valle del Sulak, los va-

<sup>1</sup> D'Ohsson, *Voyage d'Abou el Cassim*.

lles irradian hacia el Este, el Nordeste y el Norte, y así es como sucesivamente pudieron deslizarse hacia el interior del macizo las multitudes de esos fugitivos y conquistadores que, con los emigrantes de la vertiente meridional, se reúnen en una admirable Babel de naciones heterogéneas.

N.º 76. Valles cerrados del Cáucaso occidental  
(Véase pág. 443)



1: 2 000 000

0 10 20 30 40 50 Kil.

Toda la parte occidental del Cáucaso, comprendida entre el Darial y el Bósforo cimeriano (kimeriano), presenta una grandísima unidad en sus elementos étnicos, unidad que corresponde de manera notable con la sencillez de su formación orográfica. En primer lugar, la cadena occidental, muy regular en su orientación hacia el Noroeste, se presenta realmente como una muralla inaccesible sobre su desarrollo de unos 200 kilómetros, desde el Kazbek al Elbruz o Minghi-Taou; además, el escaso